

**ESTHER DIAZ**, *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011.

Una de las apuestas fundamentales de la filosofía de hoy en día coincide con el legado fundamental de Michel Foucault: la construcción de una ontología del presente. Impregnados de semejante herencia, autores como Agamben, Esposito y Negri nos ofrecen, en obras como *Homo sacer*, *Inmunitas* e *Imperio*, reflexiones filosóficas a partir de hechos de actualidad: guerra contra el terrorismo, migraciones masivas, políticas sanitarias y demográficas. Se necesita con suma urgencia filósofos capaces de ofrecer alguna teoría que haga inteligibles tales acontecimientos.

Con *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*, Esther Díaz nos presenta una variación particular de esto. Allí se dedica a elaborar una epistemología del presente, retomando de ese modo uno de los aspectos más complejos del propio Foucault: su veta epistemológica. La filósofa avanza pensando figuras epistémicas que permiten elucidar ciertos acontecimientos que tienen lugar en el mundo de hoy. Ella misma explica en el “Prólogo” como el estallido de la burbuja financiera en 2008 la obligó a cambiar el rumbo de su libro: “Sobre esa argamasa pensaba sostener mi libro. Pero en 2008, con el estallido de la burbuja financiera, asistí azorada al desgarramiento del poder económico que envolvía al mundo y que, en poco tiempo, recompensó a los especuladores y permitió el naufragio de gran parte de la población mundial. [...] Fue en ese momento cuando di un giro de timón. El derrotero sigue siendo el mismo. Pero de ahí en más comencé deconstruir el control tratando de atisbar sus rajaduras, sus grietas, sus imprecisos bordes.” (pp. 9-10). Y es justamente en este sentido que el título del libro se pronuncia: serán las grietas del control aquello que veremos afinando la mirada y afirmando una particular perspectiva epistemológica con respecto a los acontecimientos que día a día nos asedian. Estas fisuras y rajaduras serán entonces el verdadero hilo conductor del texto y oficiarán de guía en un itinerario que incluye –tal como reza el subtítulo– la vida, la vigilancia, el caos; las ciudades, los cuerpos, los deseos y las creaciones –tal como se denominan cada uno de los cuatro apartados que componen el libro–. El cierre del “Prólogo” lo explicita claramente: “En el comienzo fue el control, en el trayecto el caos. En el final, la aspiración de que los ojos que ahora le dan vida a estas páginas las sigan reinventando.” (p. 11)

En “Ciudades”, Esther Díaz analiza el fenómeno urbano tal como se estructura actualmente. Entre la villa y el country asistimos al pasaje de la vigilancia al control: “En la Modernidad madura las comunidades occidentales se regían por la vigilancia con el objetivo de castigar a los infractores, es decir, a quienes no se avenían a la *normalidad*. Se trataba de sociedades disciplinarias. Para mediados del siglo XX se intensificó el pantofoque de modo que la cantidad devino calidad. Surgieron entonces las sociedades

de control, cuyo objetivo no se limita al posible castigo del otro, se hace extensivo a la seguridad propia. [...] En nuestro tiempo existe autoencierro de personas y de familias con alto poder adquisitivo y de otras que carecen de ese poder: unas lo hacen para controlar su entorno y optimizar el placer de la existencia, las otras simplemente para sobrevivir.” (pp. 14-15).

El tránsito entre la vigilancia y el control, anunciado por Deleuze y Foucault –*Vigilar y castigar* y *La verdad y las formas jurídicas* son mencionados profusamente en este apartado– es comparable a las distancia que separa y une a la villa del country. En términos de Esther Díaz, se trata de “coincidencias divergentes”, es decir, de situaciones que en virtud de distintas perspectivas permiten que lo idéntico se torne diferente: “Colgarse de la luz tirando cables desde los postes de energía para utilizarla sin pagar es considerado un típico rasgo villero. No obstante, existen barrios privados que apelan al mismo recurso.” (p. 30) Otro caso de coincidencia divergente es el de los tatuajes, que igualan al empresario De Narváez con el músico villero Pablo Lezcano (p. 31).

“Cuerpos” comienza como lo hacen muchos textos de esta filósofa: tomando como pre-texto algún film japonés. En el primer capítulo de *Entre la tecnociencia y el deseo*, *Rashomon* de Kurosawa sirve para ilustrar la naturaleza múltiple de la verdad. En *Las grietas del control...* es *La balada de Narayama* de Shohei Imamura la película que nos invita a reflexionar acerca de la condición del testigo en las ciencias. En ambos casos se trata de denunciar las imposturas de la ciencia moderna: “En las tres circunstancias se elude la complejidad social y cultural de la que emerge la empresa científica y se escamotea el análisis de los mecanismos de poder insertos en sus teorías y en sus prácticas. No obstante siempre se escuchan voces que se atreven a decir lo que los modernos callan” (p. 63) Sin dudas la propia Esther Díaz es una de esas voces. También lo es Donna Haraway, quien propone transformar el “testigo modesto” –ese garante del conocimiento, verdadero ventrílocuo de objetos (p. 67)– y su estilo de vida experimental –“práctica discriminadora travestida de integradora” (p. 72)– y darle un sentido nuevo, desde *un punto de vista cyborg* (p. 75). Esta posibilidad estaría dada, ante todo, por la constatación científica del caos, que alteró el orden impuesto por la mecánica clásica: “A partir de cruciales cambios epistemológicos en la construcción del conocimiento cabe deducir que si otros son los principios sobre los que basa el saber científico, otras han de ser las subjetividades que promueva.” (p. 74) Así, se impone indagar el concepto de lo *poshumano*.

Este concepto seguirá sobrevolando en el resto del libro, especialmente en el capítulo “Deseos”, que comienza magistralmente con la hipótesis de “los nietos de Foucault” en referencia a la tercera generación de infectados: “Treinta años después de la irrupción intempestiva del sida, otras son las vivencias que suscita esta enfermedad, otras las reacciones, otras las respuestas. Han transcurrido tres generaciones; los primeros infectados podrían ser abuelos de la juventud actual.” (p. 95) Esther Díaz analiza el vínculo del propio

Foucault con la enfermedad y además vincula gran parte de su teoría filosófica (sobre todo *Vigilar y Castigar* y *La voluntad de saber*) con diferentes actitudes que generaciones posteriores han tomado con respecto a esta. Así se explican entonces las políticas de resistencia que atacan la base axiológica de la biopolítica constituída por los valores de salud, vida y muerte: “ ‘Buscar el bicho’ (bug chasig) es una expresión que alude al contacto sexual con un seropositivo con la aspiración de ser contagiado del HIV. He aquí el extremo opuesto a las inmunizaciones. Se vive la experiencia como una ceremonia de iniciación. El portador otorga un regalo, una dádiva definitiva que no sólo quedará grabada en el cuerpo –como un tatuaje degenerativo– sino que iniciará una serie de transformaciones orgánicas y sociales en quien busca y recibe el virus como don.” (p. 113) Si consideramos que esta es una de las formas del don nietzscheano, debemos remitirnos a Spinoza para encontrar alguna explicación acerca del poder corporal y su vínculo con el don. Dice Esther Díaz: “Según Gilles Deleuze (1984), en la filosofía spinozista se propone el cuerpo como un nuevo modelo para ser pensado. Pues mucho se habla de la conciencia y de sus designios, de la voluntad y de sus efectos, de los múltiples medios para dirigir los movimientos del cuerpo y dominarlo junto con sus pasiones, pero no se habla del poder corporal.” (p. 108) Luego, la filósofa señala la interpretación spinoziana del pecado original: en efecto, la advertencia de Dios acerca de no consumir el fruto tendría que ver con una incompatibilidad del orden de la digestión, no con la moral. Adán confunde consecuencias naturales con cuestiones morales. “La advertencia es sobre algo inmanente (del orden de la salud) y Adán lo interpreta de modo trascendente (como algo moral)” (p. 110).

De este modo, arribamos al punto más alto de todo el texto: el intento de deslindar lo inmanente de lo trascendente y a este de lo trascendente. Esta diferenciación puede seguirse a lo largo de cada capítulo, como si el fenómeno biopolítico se cifrara en esos tres conceptos de larga tradición en filosofía. Ya Deleuze había insistido en el vínculo entre inmanencia y vida. Ahora Esther Díaz muestra la necesidad de diferenciar dentro de la cuestión biopolítica, problemas relativos a la distinción trascendente/inmanente: “No podemos aseverar que el Bien y el Mal existan, pero sí lo bueno y lo malo. [...] Podemos llegar a tener registro de lo bueno y de lo malo, de lo saludable y de lo dañino, pero no del Bien y del Mal, que son instancias trascendentes.” (p. 111).

El problema de la biopolítica radica, según la filósofa, en trastornar aquello que, surgido como inmanente (por ejemplo el cuidado de la salud) se convierte en trascendente, en imperativo moral: “La biopolítica se constituyó, se desarrolla y se expande a expensas de cuestiones originadas en los mismos objetos sobre los que se interviene, como la salud de los cuerpos, la conservación de las especies, la protección del planeta. Pero cada vez más, se impregna con valores trascendentes: se *debe* cuidar la salud, se *deben* respetar los derechos de los animales, se *debe* conservar la naturaleza” (p. 111).

El último capítulo “Creaciones”, anida sobre los mismos pilares: aquellos que Esther Díaz, verdadera heredera de los preceptos foucaultianos, nos ofrece haciendo una genealogía de la sociedad de control, mostrándola plena de fisuras, para que hoy más que nunca, podamos seguir atentos.

MARIA TERESA GARCIA BRAVO